

Juegos moriscos

De

Abenhumeya

PÉREZ DE HITTA, G. Guerras Civiles de Granada (Segunda Parte). (Publicada por Paula Blanchard-Demouge utilizando la ed. Príncipe impresa en Cuenca en 1619). Madrid: Centro de Estudios Históricos, 1913-1915.

Texto Histórico

Pues es de saber que Abenhumeya, después del cerco que puso a Vera tan vano a su pretensión, se retiró a Purchena con todo su campo, determinado de aguardar allí a Murcia y su Reyno, si acaso fuera que le querían seguir, y visto que Murcia y Lorca no le seguían, determinó de hazer unas solemnes fiestas para alegrar sus gentes y todo su campo, y assí mandó que se pregonassen las fiestas en esta forma:

Al que en travada lucha mejor lo hiziesse, le daría cien escudos en oro y le coronaría de hojas de un verde laurel.

Más aquel que se mostrasse más suelto y corriessse más ligero y llegasse primero al puesto diputado, le daría otros cien escudos de oro.

Más al que de tres saltos alcançasse más tierra, le daría otros cien escudos de oro.

Más al que más tiempo sustentasse un canto de seys arrobas en el ombro, le daría otros cien escudos en oro y un rico alfanxe.

Más al que mejor y más gallardamente dançasse la zambra con una bella Mora, le daría una ropa de seda fina hecha en Argel.

Más a la Mora que mejor dançasse, le daría una riquíssima marlota y quatro almayzales finos.

Más al Moro que mejor tañesse y cantasse a la morisca y mejor canción dixesse o romance, le daría un hermoso cavallo aderezado y enjaezado.

Más a la Mora bella que cantasse mejor y mejor canción arábiga dixesse, le daría una hermosa marlota guarnecida de oro.

Más al Moro que mejor tirador fuesse de canto, treinta escudos de oro y un alfanxe.

Más al Moro que mejor tirasse con escopeta o arco le daría diez ducados de oro.

Más al Moro que tirase más derecho y certero con honda, le daría diez ducados en oro.

Todas estas fiestas y cosas se avvíá de hazer en la plaça de la ciudad de Purchena, que para poderlos hacer era muy grande y ancha, y para esto mandó que la plaça fuesse toda aderezada y arenada y todas las paredes y ventanas muy

entoldadas de rielas de sedas y lienços labrados y blancos; y todos estos juegos tan diversos unos de otros los ordenó el Reyecillo por no tener orden de correr toros ni tener cavallos y aderezos para juego de cañas, y assí con estas doze cosas diferentes unas de otras su campo y gente se podía alegrar y exercitar; todo lo qual se avía de hazer dentro de doze días, los quales bien sabía él que podía estar quieto y seguro de assalto de los Christianos, atento que el Marqués de Vélez estaba aguardando orden en Adra y que el campo de Don Juan de Mendoza, Teniente del Marqués de Mondéfar, estava en Órgiva sin orden de lo que avía de hazer, y assí el Moro Abenhumeya dio orden de hazer en Purchena las fiestas que avemos dicho.

Pues llegado el día señalado que se avía de hazer la peligrosa lucha entre los más fuertes y robustos moços del campo, mandó Abenhumeya que a un lado de la plaça se pusiesse un rico dosel de seda, el qual era hecho de palios de las iglesias por lo Moros saqueadas, y debaxo del dosel un rico assiento par que él se sentasse, y otros assientos de no tanto valor para sus Capitanes y Cavalleros más allegados. Y sentado Abenhumeya en su asiento, y al par dél muchos Capitanes y Cavalleros de estima, començaron a sonar muchos instrumentos de guerra, añafiles y dulçaynas, atabales y otras cosas dignas de alegrar semejantes fiestas. Todos los terrados y ventanas estavan ocupados de muy hermosas y arreadas damas Moras; toda la plaça llena de muchas gentes de todas las Alpujarras y ríos de Almançora y Almería y de otras partes del Reyno de Granada, y todos estavan alistados, con sus armas a punto de guerra como buenos soldados, por si acaso fuessen menester las armas, que estuviesse aprestadas. Pues estando Abenhumeya y todo su campo (como avemos dicho), al son de muchas dulçaynas y atabales pareció en la plaça el valeroso Capitán Caracacha, acompañado de muchos Turcos, todos aderezados de grana y muchos instrumentos de guerra, de añafiles y caxas; en medio del esquadron el bravo Capitán, con horrible presencia y robusta, desnudo, en carnes vivas, sólo traía unos pañetes muy justos y blancos con que se cubría. Venía todo reluciente por causa del acyte con que se avía untado porque su contrario no pudiesse facilmente hazer pressa.

Mostrava el bravo Turco muy bien la grandeza de sus miembros y su robusto aspecto y fornidos músculos de brazos y piernas, con lo ancho y fornido de su bravo pecho y espaldas. Caracacha no era hombre alto ni baxo, sin de mediana estatura, bien travado de miembros y fornido de huesos, de tal manera que muy bien mostraba en su persona ser de dobladas y grandes fuerças; y assí, de toda la gente siendo mirado, dezían todos a una voz que Carachacha tenía y dava muestra de fortíssimo hombre. Y aviendo el bravo Turco passeado toda la plaça mostrando la braveza de sus doblados miembros, se puso en medio de ella, en el lugar adonde avía de ser la porfiada lucha. Y no tardó mucho que por una de las calles que salía a la ancha plaça sonaron ruydos de caxas y añafiles y por ella vieron entrar cinquenta soldados Moros vizarros, en trages y libreas de mucha hermosura, todos de color verde, con muchas guarniciones de plata y franjas de oro, y todos tiradores de arcabuzes. Los quales, como llegaron a la plaça, dieron una hermosa carga de arcabuzería, marchando como venían, y en medio de gallardo esquadrón pareció el bravo Capitán Maleh un pajedillo vestido de la misma color verde, guarnecida de plata, y en la cabeça puestas unas hermosas plumas verdes y blancas, y en el braço izquierdo un dorado escudo, en el que avía un campo azul y en él media luna de plata, la qual parecía que le tenía asida por una de sus plateadas y afiladas puntas una hermosa mano de dama, con una letra arábigo que dezía assí:

"Mientras mi Luna a la Luna
Tocare, tengo esperança
que menguante ni mudança
jamás avrá en mi fortuna."

Esta letra lleva el gallardo Maleh, respeto que servía una bella y hermosa Mora llamada Luna, de quien estava muy confiado que jamás la avía de faltar su fe. La qual este día estava puesta en una ventana, ella y otras hermosas Moras, por ver aquellas fiestas que se avía de hazer. Y assí como el bravo Capitán entró por la plaça, la bella Mora no apartava los ojos de su amante, contemplando la

belleza y hermosura de su miembros, no blancos, ni morenos, adornados de un hermoso bello, que hermozeava en alto extremo su belleza y bien hecha composición. Assí ni más ni menos fué toda la gente maravillada de sus doblados y robustos miembros y crecidos músculos poblados de unas azules y hermosas venas. Y si bien les había parecido el bravo Capitán Caracacha y su brava presencia, no menos les pareció el buen Capitán Maleh, robusto y bravo, especialmente aviendo hecho tan hermosa y tan honrosa entrada y su gente con tan hermosa librea, aunque la entrada de Caracacha también avía sido buena y la librea de su gente toda de fina grana con pasamanos de plata. Y pues avemos dicho de la letra del buen Maleh, será justo que digamos de la del buen Caracacha: la qual sacó en un hermoso escudo dorado, el campo rojo claro a manera de claro rubí y en medio dibujado un rostro de una hermosa Turca que parecía de un ángel, con un tocado maravilloso hecho a la turquesca que parecía estar enlazado con cadejos de sus dorados cabellos. El cabeçón de la camisa erabaxo, muy labrado, al parecer de oro y grana, de suerte que el blanco y liso cuello se descubría bien y claramente; el qual estava rodeado de un germoso collar que parecía al vivo ser hecho de orientales perlas y pieças de oro, y de las hermosas orejas, unas pendientes arracadas que parecían ser hechas de finos rubíes. Y, finalmente, el retrato⁹ era sacado al natural por un grande pintor que estava en argel, y el buen Caracacha lo traxo a España para memoria de su contento y acuerdo de su dama, y esta día lo sacó en público, porque le pareció a él que teniendo aquel retrato de su dama delante tendría el ánimo doblado y fuerças aventajadas, assí cono si su misma dama fuera y en tal possessión le tenía. Baxo del hermoso rostro avía una letra turquesca que dezía assí:

"La Luna, Sol, ni Luzero
no tiene tal hermosura
como el retrato y figura
de la dama que más quiero"

Parece que este retrato del Capitán Caracacha fue por industria sacado aquel día, pues hacía punta su letra a la del Capitán Maleh, dando a entender en su concepto y sentido que más hermosa era su dama que la suya, pues decía que el rostro de su dama y su retrato era más hermoso que la Luna, cuyo nombre era de la dama de Maleh; el qual no echó de ver en ello por la distancia del lugar y también porque como entró en la plaza, lo primero que hizo fue poner los ojos en su dama, que ya sabía él la ventana a donde avía de estar, y así como la vido y vio cómo lo estava mirando, le pareció que no tan solamente con Caracacha le pusiera en dudosa lucha, sino con aquel famoso Alcides cuyas fuerças fueron por el mundo publicadas y en tanto tenidas. Las hermosas Moras que estavan con la bella dama estavan riquísimamente vestidas de hermosas telas de damasco de diversos colores, las ropas hechas con tanta vizarría como en aquel tiempo se podía usar en su trage, tocadas todas curiosas y maravillosamente a la moderno de su usança. La hermosa Luna no menos estava gallarda y ricamente vestida que ellas, porque encima de una marlota, llamada azedría, que era de seda labrada en telas de muy diversos colores, la qual estava toda sutil y artificiosamente colchada. Tenía puesta otra riquísima marlota, la media de terciopelo azul y la otra media de terciopelo carmesí, toda golpeada de unos golpes, con mucho orden dados, que hazían una hermosa obra llamada escaramuza, y la parte que era azul estava aforrada con una tela de seda fina amarilla, que salía su color por la cuchilladas maravillosamente de bien, y la parte que era carmesí estava aforrada con una tela de seda plateada, que también hazía maravillosa obra. Tenía un çaragucel blanco de un delgado ruan muy plegado. Los çapatos, los medios azules y los medios colorados, y de todas partes argentados de fino oro. Tenía la hermosa Luna por la frente y sienes ceído un hermoso listón de color de nácar y po él puestas unas muy ricas y hermosas perlas orienteles. Finalmente, estava la bella Luna extremadamente hermosa y costosa, que no avía ninguno que la mirasse que no quedasse preso de su vista. Abenhumeya muchas vezes avía puesto los ojos en la hermosa Luna; mas como sabía que la servía el valeroso

Capitán Maleh, se contentava con sólo verla, porque a intentar otra cosa perdiera un valeroso Capitán y más de diez mil soldados con él que militavan sus vanderas. Finalmente, dezimos que assí como el Maleh entró en la plaça dio una buelta por ella acompañado de su gente, y passando por delante de Abenhumeya, haziéndole su acatamiento, se volvió a la parte donde estaban las damas y assimismo les hizo reverencia y todas ellas se levantaron y les hizieron mesura. El valeroso habaquí y un tío de abenhumeya eran jueces destas fiestas, puestos y señalados para ello por el mismo Abenhumeya, lo quales, mirando la hermosa disposición y buen talle del Maleh, dixo el Habaquí: "Por cierto que si vuestra Alteza para mientes en ello, que el Capitán Maleh es de grande valor y que mi parece a mí, no sé si me engaño, que en lo bien hecho y en lo travado de los miembros le haze gran ventaja a Caracacha, y si sale assí en las obras como en el parecer, el Caracacha desta vez queda sobrado." "Assí me parece a mí", dixo Abenhumeya y sin él otros muchos cavalleros y Capitanes que allí estaban; y mirando por el Maleh vieron cómo aviendo dexado su hermoso esquadrón a un lado de la plaça, passo a passo, con gallar lo semblante, se llegó al Capitán Caracacha, el qual lo estuvo mirando desde que entró en la plaça, maravillado de su brava postura y buen talle, conoziendo por ella ser el Maleh hombre de grandes fuerças y brío. El Maleh no menos fue considerando el talle y garvo del africano Turco, pareciéndole que era hombre de grande valor y esfuerço. Y con esto, llegando a él, los dos alegrenente se saludaron, tomándose por las derechas manos. El Africano dixo al Maleh: "Huelgo, valeroso Maleh, que tú seas el que ayas emprendido probarte conmigo, porque holgaré en extremo ver si tru valor llega la tu fama, porque como tú ayas estado de presidio en el río del Almançora, tengo poca noticia de tus cosas, más de aquello que por fama se suena en las Alpujarras y su marinas." El Maleh a estas palabras le responde: obar mi valor, bravo Africano, no te haze a ti tanto al caso como a mí probar el tuyo, porque entiendo que por él te eligieron por Capitán para estas partes, y atento esto, tengo obligación de probar si el valor de tu persona llega a tu tan alta

presunción." Diciendo esto acaso acertó a bolver los ojos a la parte adonde un Turco tenía el escudo de Carachacha, que no estava muchos passos dellos, y como viesse el hermoso retrato de la Turca y la letra tan arrogante que dezía que era más hermosa que Luna y Sol y Luzero, entendió el bravo español Maleh que el Africano avía sacado aquel escudo con aquel retrato en competencia del nombre de su señora. Y muy enojado por ello y lleno de una ardiente cólera passó adelante con su razón: "Y pues aora estamos en la ocasión de probar cada uno lo que pretende, para poner mayor fuego al caso te pregunto: Dí, Africano, ¿sabes qué cosa es Luna?" El Africano respondió: "Dime, ¿por tan torpe me tienes y por de tan poco saber que no avía de saber qué cosa sea Luna? Pues nosotros los Africanos no ponemos en nuestros escudos sino la Luna, teniéndola por divina y celestial insignia de nuestras armas, y que por ellas nos gobernamos en nuestras prósperas y adversas forunas." "Pues si eso es assí como confiessas, ¿por qué, dime, defraudas el respeto que le debes a la luna y por ella pones en tu escudo el retrato de tu dama, que a mis ojos es más escuro que la noche respecto de la Luna que mis ojos alumbra? Realmente, Caracacha, que no tienes verdadero conocimiento de quién sea la Luna; mas para que tengas conocimiento de qué cosa sea, y sabiendo lo que es veas que el retrato de tu escudo muy atrás se queda, pon los ojos en aquella ventana de aquel balcón azul y dorado, a donde está puesto aquel paño de terciopelo verde, y allí verás la luna digna y merecedora de ponerse en qualquier honroso escudo, aunque fuera el del Magno Alexandro." El valeroso Africano puso lo ojos en la ventana que le Maleh le avía señalado, a donde vido muchas Moras bellas y con ellas una que parecía ser de mayor belleza, y luego entendió que el Maleh lo dezía por aquella y que aquélla tenía por su Luna; y afrentado porque el maleh avía dicho que respecto de aquella su dama y retrato eran noche oscura, le dixo: "Maleh, menospreciado has mi retrato y por él mi dama; muy fuera has dado de la razón y no me maravillo de ello, porque dizen que quien feo ama, hermoso le parece. Con la noche comparaste a mi dama, siendo, en respeto della, la tuya una tiniebla; en tu escudo traes su nombre y su mano que toca a los delgados

cuernos de la Luna; pues sea ésta la manera: que fuera del prometido premio de tu Rey que está presente, el que vencedor fuere a tres caydas lleve por justo premio el escudo del otro para que lo dé en presente y trofeos a su dama." Esto dezía el valiente Africano teniendo por muy cierta la vitoria de su parte. El Maleh, muy alegre, le dixo: "Por Mahoma te juro, valeroso Caracacha, que me has dado mucho contento con lo que has dicho, aunque me has dado mucho pesar en alargar y dilatar la vitoria de la lucha a tras caydas; por lo mucho que debes a tu dama, que no vaya más de a una sola cayda." A esta sazón llegó el buen Habaquí, que era juez de aquel caso, por saber en qué los dos competidores estaban altercando; con el Habaquí se llegaron otros muchos Capitanes, y sabiendo la discordia estre ellos por tan honrosa ocasión, los concertaron que la vitoria fuesse alcançada a las tres caydas, y esto assí acavado todos se tieraron a fuera y los dexaron solos. El valeroso Maleh, enojado de veras contra en Turco africano, más quisiera llevar aquel negocio por las armas que pro vía de lucha, mas vesto que no podía ser otra cosa en aquella presente ocasión, le dexó para si el tiempo le ofreciesse otra que tuviesse más cómoda oportunidad; y assí, callando, mudada la color, los ojos encendidos de fuego, se fue para el Turco, el qual, no menos enojado le recibió, y a una los dos bravos competidores asieron de los molledis de los braços, con tanta fortaleza en las manos como si fueran unas fortissimas tenazas, y assí començaron a tentarse las duras fuerças el uno al otro, llevándose a todas partes: unas vezes atrás. otras adelante, otras al rededor. assí como si fueran dos javalís o dos fortissimos tors llenos de rabiosos celos. La presa que hizo el africano al valeroso Español era de más eficacia y fortalez, repecto que la que hizo el español fue sobre el azeyte de que el Turco vení untado, y la presa acerca desto no era firme ni fija, porque se le desvaravan las namos a toas partes; y la presa que el Turco hizo, como las carnes del Español estaban limpias y enjutas, llenas de vello, lo llevaba como quería a su voluntad. Lo qual sintiendo el bravo Maleh determinó con prestez sacudida a una parte, de tal suerte que aun con gran dificultad le hizo perder la pressa al Africano, la

qual tenía con tal fortaleza hecha que al desassir las manos las duras uñas llevaron los pellejos hazia adelante, dexando bañados de sangre los lugares ddo se avían aferrado. Y como el bravo Maleh se viesse desassido de aquella terrible pressa, al punto, como si fuera un ave se abolanço al suelo y con las dds manos abarcó de aquella arena sobre en que se hazía la dura palestra, que era una arena blanca muy menuda que la llaman braja, y levantándose en pie se fue para el Africano, que con todo su poder ya venía sobre él pensándole coger debaxo, y tanta era la furia que llevaba, que aviéndose ya el español levantado vino a poner las manos en el suelo; y como la arena era blanda y deleznable, y como la furia que llevaba era tanta, con los pies hizo un gran resvaladero della, y sin poderse afirmar sobre ellos le convino poner también los pechos en tierra, de suerte que quedó todo lleno del arena respecto del unto del azeite que él llevaba puesto. El Maleh que assí lo vido, tan presto como un pensamiento fue sobre el bárbaro, por no perder tan buena coyuntura como la fortuna le ofrecía, y la arena que llevaba en los dos puños la lanço sobre las espaldas del Turco, que ya se quería levantar, mas el bravo Español no le dio lugar que tal hiziese, porque cargando sobre él le hizo tornar segunda vez a tender de todo punto sobre el arena. El Africano, porfiándose a levantar se rebolcava por la aren, de suerte que todo quedó lleno della y al azeite perdió su delicadeza y blandura, y el Maleh, visto la porfía del Turco, le dixo desta vez: "Caracacha, la primera cayda no será tuya", y con esto se tiró a fuera por dar lugar que le Turco se levantase; el qual levantado quiso tornar a embestir con el Maleh, ardiendo en viva saña, y el Maleh le dixo que aquella arremetida avía de ser para la segunda cayda, porque la primera ya él la tenía ganada. El Turco dixo que no, que si él avía caydo que él no lo avía derribado, sino que por el arena ser delexnable avía caydo de su estado, forçado de su propia fuerça. A esto llegaron los juezes, y tratando sobre el caso se halló que la arena fue en favor de Maleh y n disfavor del Turco, y que la ocasión de su cayda fue por coger el Maleh debaxo, y que al Maleh le había sido fortuna favorable, pues por estar él baxo avía

sucedido la cayda del otro. Assí que desta cayda quedó el Maleh por vencedor, dando la sentenci de su victoria los juezes. El bravo Africano, aunque defendía con palabras su partido, al fin quedó condenado y dello enojado grandemente; arremetió al Maleh, el qual no le reusó la parada, antes le embistió con gran furia, y assí, assiéndose segunda vez, los dos començaron a lucher dura y porfiadamente una grande hora con los braços, y llegando su cólera a mayor braveza y punto se aferraron a braço partido, pareciéndole a cada uno que tenía un monte acuestas. Aquíffue todo el afán de trabajosos miembros, poniendo cada una en aquella segunda lucha todas aquellas fuerças que alcançava, dandose grandes bueltas a todas partes, levantando grande cantidad de arena con la fortaleza de sus pies, y como ya el azeyte del Turco avía perdido su calidad, el Maleh hazía duramente firmes presas, de modo que el africano no se deslizava ni podía. Desta suerte anduvieron una grande pieça de tiempo, fatigando sus personas con tantas y tan grandes bueltas como daban. Quién viera allí la cautelosa zancadilla del uno y el derecharla del otro. la maña del uno, la fortaleza del otro. Quén viera tanta breveza como allí estos dos valerosos Moros mostravan; por cierto que sería cosa de ver aquel hijadear y aquel dar bufidos, cobrando nuevos alientos, la espuma que les salía por la boca, la grande sudor que brotava de sus cuerpos, de tal forma que les era necesario buscar nuevas presas por no perder la ocasión de su victoria; muchas vezes, por no perder la presa hecha hincavan las duras uñas de tal manera que por muchas partes saltava de las uñaradas la sangre viva. Desta suerte anduvieron peleando gran parte del día sin cansarse; mas como la fuerça del bravo Español era más dura y él era nacido en mejor clima que el Turco y con ella avía acompañada una gran soltura y ligereça como sabemos que tenían aquellas gentes del reyno de Granada y, finalmente, de nación española y de sangre rebuelta con la goda, mostrava gran ventaja y demasiada destreza contra el Affricano, que aunque era hombre de grandes fuerças, con el continuo cansancio vino a aflojar gran parte del brío que de principio mostrava, lo qual sintiendo el bravo español

Maleh le apretava con mayores fuerzas que hasta allí, de lo qual el Turco se espantava y dezía que aquél no era hombre sino diablo del infierno, pues mientras más yva más las fuerças se le doblavan, y dezía entre sí: "¿O, Santo Alá, y qué Hércules es este que con tanta fuerza me oprime!" Y diciendo esto, pareciéndole que desfallecía, tornó a cobrar nuevo ánimo y esfuerço, apretando con el Españil le dio dos bravas bueltas; mas poco le vale, porque el Maleh, enojado de ver que tanto andava la lucha sin sacar fruto de su trabajo, cobrando gran corage, poniendo toda su fuerça levantó del suelo al bravo Turco, semejando en esto al bravo Alcides quando levantó de tierra al fuerte Girión, y como lo tuvo en el aire hizo muestra de dar con él en el suelo, a la parte izquierda con toda su fuerça, lo qual sintiendo el Africano con gran presteza bolvió los pies a aquella parte porque lo hallase el contrario firme; mas no le sucedió como lo pensó, porque viendo que salía su treta a buen fin y como él lo avía pensado, sintiendo que el Turco con los pies acudía a la defensa por aquella parte, con grande fuerça y presteza dobló el cuerpo a la parte derecha, y sin dexar lugar que el Turco cayese en ello lo sacudió tan bravamente que el Africano, inadvertido de aquella industria, no bolvió los pies para estar firme, y assí dio con él en el suelo una gran cayda y tal que todo su cuerpo fue en el arena estampado, recibiendo gran quebranto de aquel desaforado golpe; y el Maleh, tirado a parte, se paró a mirar a su contrario viéndole caydo; el qual assí como un león que brama se levantó, y si acuerdo de lo que tenía de hazer en aquel caso arremetió al Maleh desatinadamente. El Maleh, viéndole venir assí desatinado, tuvo por más cierta la vitoria y assí hizo muestra de le aguardar par se aferrar con él; mas fue otro su pensamiento porque assí como el Turco arremetió casi ciego de corage, el Maleh le rehusó el cuerpo a un lado poniéndole el pie derecho delante tan firme como un peñasco de la mar y viento combatido. El Turco, quedando en bacía, como yba recio passó el cuerpo adelante y encontrando con la pierna del Maleh muy fácilmente se tendió en el suelo. A esta hora toda la gente que los mirava levantó una gran grita diziendo: "De gran valor es el Capitán Maleh, pues assí ha

vencido un tan grande competidor." Con esto las trompetas y añafiles de Maleh tocaron con grande alegría por la vvictoria alcançada de su buen Capitán. El Turco se levantó como un rayo, de yra lleno, quiso tornar a embestir a Maleh; mas a esta hora no tuvo lugar, por quanto los juezes llegaron y dixeron que aquéllo no se podía hazer, que ya el Maleh lo avía vencido, aviéndole hecho dar tres caydas. Y assí sacaron al Turco del campo maltrado, aunque el Maleh no lo estava munos de las uñas y del quebrantamiento de sus miembros. Mas al fin, con demasiada gloria quedó vencedor y pidió a los juezes que le mandassen dar el escudo del Capitán Caracacha, pues que lo avía ganado. Luego los juezes se lo dieron, de lo que más pesó al de África, porque más quisiera perder la vida que perder el escudo con el retrato de su señora. Mas dissimulando, dixo que aquello era guerra y suerte de ventura, que otro día le podría él ganar. Pues tomando el Maleh el escudo, acompañado de su esquadrón al son de trompas y caxas y dulçaynas, salió de la palizada, y rodeando toda la plaça se fue al lugar a donde estava el Reyecillo, y passando por delante le hizo su acatamiento. El Reyecillo le llamó, y llegado, tomó una corona de lauro que estava sobre una rica mesa y se la puso en la cabeça y le mandó dar con esto el premio prometido. Con esto todos lo instrumentos del campo resonaron grandemente y un grande alrido de las gentes que dezía: "¡Viva el capitán Maleh!" Quien a esta sazón viera al bravi Africano, claramente viera el gran pesar que tenía dentro de su coraçon, y si él estava muy pesante, todo el exército turquesco no lo estava menos viendo su buen Capitán vencido de un morisco Español, y assí tomando su Capitán, cubriendolo con una ropa de fina escarlata, lo sacaron de la plaça acompañado de muchos Capitanes que lo consolavan diziendo que de aquéllo no tuviese pena, que uno por fuerça avía de ser vencido y aquél avía de ser el que la suerte quisiese. El Africano, mostrando alegría dezía que no le dava aquéllo pena alguna, mas se quexava que avía dos vezes sido desgraciado en caer como avía caydo, sin que el Maleh le tocasse, y assí llegó a su possada, con determinación de se vengar de el Maleh; el qual, muy contento y vivando el ganado escudo en braço , se fue acompañado de muchos

Capitanes a donde su señora estava, y en llegando al balcón le dixo de esta suerte:

"Hermosa y clara Luna, de cuyos resplandecientes rayos mis ojos son alumbrados; recibid señora este escudo ganado con vuestra favor, porque si él jamás se ganara por ser de un fortíssimo contrario que quería aniquilar vuestro nombre y belleza, mas como ella sea tal qual se muestra, haziendo invidioso al Sol, no permitió que ninguno la pudiese ofender ni dañar y puso en mí fuerça y ánimo para que pudiese ser defendida, aunque entiendo que vos sola con le mirar le rindiérades; y diciendo esto, alçó la mano con el escudo al balcón que no estava muy alto, y la hermosa Luna agradeziendo el presente se abaxó y tomó el escudo con su blanca y hermosa mano, quedando con más belleza, al parecer, de la que antes tenía con la verguença que recibió de lo que el Maleh le avía dicho. Todas las demás damas que con la hermosa Luna estavan tomaron el escudo y mirando el retrato fueron maravilladas de la beldad que contenía, y dexian que si la Turca era tan hermosa como el retrato mostrava, tenía gran razón el Turco de defenderla, porque era una de las más bellas cosas que tenía el mundo; y assí la bella Luna, siendo informada del pesar que el Africano sintió por la pérdida de su escudo, se lo embió con un page, embiándole a dezir que tuviesse en mucho aquel retrato, y pues tanto quería su original, que otra vez no pusiesse en contingencia de perderlo. El Africano con la mayor alegría del mundo lo recibió, embiándole por la merced que le hazía del retrato grandes gracias, prometiendo la servir en todo quanto por ella le fuera mandado en España y en Argel, o a donde él se hallase. El buen Maleh, gozoso con la victoria, se tornó a poner en el puesto para si alguno quisiesse salir á la lucha que allí se hallase. Mas Muley Abenhumeya le embió a dezir que dexasse el puesto para que otros Capitanes provassen sus fuerças en la palestra; y assí el Maleh fué llevado con mucha honra a su posada rodeado de su velicoso esquadrón, y siendo vestido y adornado tornó a la plaça por ver los que salían a la lucha, y llegó al tiempo que el Capitán Caracacha también entrava en la plaça muy adornado de vestido y acompañado de muchos Turcos y del otro Capitán su

camarada, y como se vieron el uno al otro, alterada la sangre, no olvidando lo pasado, con disimulado proceder se hizieron mesura; mas el Africano dentro de sus entrañas lo odiava desde aquel día grandissimamente; y assí de allí en adelante le procuró todo mal. Pues llegados estos dos bravos Capitanes a la plaça, se fueron a poner con los demás Capitanes que allí estaban, de quien fueron bien recibidos, y estando tratando de la passada lucha y de palabra en palabra vinieron casi a encender los ánimos a mortal saña, porque el Africano le dixo al Español "que se tuviesse por tan victoriosos como aquello; que si él avía si en al go sobrado fué por desgracia aver dado dos caydas, la causa siendo el arena; mas que el valor de los hombres no se avía de motrar en lucha, porque era exercicio de brutos salvages, sino con las armas, y que en aquéllas él le mostraría a él y a los demás del Reyno Granadino cómo era de más valor que todos ellos". El Maleh le respondió: "Que era aquella mucha soberbia y arrogancia turquesca costumbre antigua suya; que hombres avía en las Alpujarras para en cosa de las armas de más valor que no él, y que él se ofrecía con ellas de dar a entender ser verdad lo que dezía de aquello." El Africano quiso responder y aun pasar adelante, mas, considerando que estava allí el Rey Abenhumeya, se calló, diciendo que par otra ocasión se quedase aquéllo a donde se pudiese tratar más largo. Y assí estos dos bravos Capitanes siempre en la guerra anduvieron repuntados. Pues estando en esto se oyó gran diversidad de música de trompetas y caxas y por la calle mayor vieron entrar a Mamiaga, que La Austriada le tiene puesto otro nombre, compañero y camarada del Capitán Caracacha, a cuyo cargo venía otra esquadra de Turcos desde Argel, como ya te diximos arriba, se tornó a salir de la plaça y se fué a su posada y se puso de lucha, y acompañado de su bravo esquadron entró, como dezimos, en la plaça de guisa de lucha: desnudo, en carnes, mostrando la bravosidad de sus recios y doblados miembros. Su esquadron venía todo adornado de una hermosa librea pajiza y morada, con plumas todos los Turcos en sus turbantes de la misma color. Todos eran tieradores y gente muy diestra en aquel menester, y assí como llegó á la plaça, aviéndola rodeado, pasando por

junto al Rey Abenhumeya, le hizo su acatamiento, y después a los demás valerosos Capitanes que a Muley acompañaban; y así pasó adelante, llevando un pajecillo suyo un escudo dorado, en campo verde un león rojo que lo encadenaba una hermosa doncella turca con una cadena de plata, y en lo baxo del león avía una letra que decía, en arábigo, desta suerte:

"No la cadena me prende,
aunque sea fuerte y dura,
préndeme la hermosura
de aquella que está en aliende."

Esta letra sacó el bravo Turco respecto de una hermosa dama de nación turca a quien el Turco amaba, la qual estava en Argel. Pues llegando al punto, aviendo su esquadron dado una hermosa carga de arcabuzería, el esquadron se retiró a un lado de la plaza, quedando el valeroso Turco aguardando competidor. Mirándolo todos cómo era muy bien hecho y proporcionado de cuerpo y miembros, dixo Abenhumeya: "Gran valormuestra el Turco, y entiendo que éstos han tomado la mano contra la gente granadina entiendo que no tienen valor; pues ¡por Mahoma que se engañan, porque al fin son Españoles, y esto les basta para ser valerosos!" "En las armas dixo el Habaquí, pueden ser más diestros, mas en lo que toca al valor, cosas he visto en la guerra que son de mayor valor hechas por los Granadinos que no por los Turcos." Y el Habaquí passara adelante contando algunas dellas, sino los interrumpiera el son de caxas y añafles que entraron en la plaza con un hermoso esquadron de cinquenta soldados todos vestidos de librea verde y amarilla y todos tiradores. Cuyo valeroso Capitán era el buen Jorayque, natural de baça, el qual venía desnudo a uso de buen luchador. Llevaba un amigo suyo delante dél un hermoso escudo plateado, el campo de oro y en medio dibujada una hermosa granada verde con su peçón de plata, y en él dos hojas verdes con una letra que decía así:

"Si no se abre la Granada,
Baça será memorada."

Traya esta letra el gallardo Moro, porque todos sus passados fueron alcaydes de la fuerça de Baça y él pensava serlo, si acaso Granada y su Rey no quedasse de Moros como antes solía serlo; mas salióle al revés tal pensamiento al Moro como diremos adelante. Pues llegado al palenque, todo el gallardo esquadrón disparó una sobervia carga de arcabuzería. Y luego, arrimándose a una parte, dexando al Jorayque, el qual mostrando grande braveza en su persona por lo fornido de su bravos miembros, se fue a donde le Turco estava, al qual le dixo: "Tarde se haze; vengamos a las manos , porque han de entrar otros que se quedan adereçando." El turco le dixo: "Pues tan priessa vienes como esso, a la primera cayda podremos dar fin a la palestra." El Jorayque dixo que le plazía, y assí con grande braveza se aferraron el uno al otro por los braços, con tanta fortaleza que era cosa de espanto ver con la furia que començaron, tanto que todos dezía que si la lucha passada avía sido terrible, que aquélla no lo era menos y los competidores no eran de menos valor que los primeros, y assí parando mientes a la lucha se espantavan de ver su bravez, porque andavan los dos contrarios de tal forma que no parecían sino dos furiosos toros, o dos bravos ossos, según mostravan su bravo acomometer procurando dañarse el uno al otro por todas las vías que podían; mas como el bravo español de Baça, su clima se comunicava con lo bélico del Andaluzía y Murcia, mostrava tanta braveza en sí, que muchas vezes tratava al Africano no muy bien; el qual, como hombre astuto y sagaz y en tales cosas experimentado y de nación Grigo Genízaro, hijo de Turco, tenía tanto valor en sí y andava tan bien puesto, que el Español Morisco no le podía, aunque más bravo se mostrava, hazer perder punto de su valor. Manteníase la lucha de tal manera, que jamás entre los dos se hallava punto de ventaja, de lo qual el buen Jorayque andava corrido, y viendo que todo su afán era en vano, y que la gloria de su vencimiento estava en una sola cayda, y que aquélla pudiera fortuna darla por desgracia suya a su competidor, acordó lo que no podía acabar por fuerças acabarlo por maña, pues en la lucha todo se podía usar; y assí desassiéndose del contrario, estando a braço partido se tornaron a assir de lo braços, como de

primero se comenzaron a dar nuevas y rezias bueltas, assiéndose bien de los braços de su contrario assí como si fueran unas terriblíssimas tenazas, se dexó caer de espaldas en la arena llevando a su contrario tras de sí, y al tiempo que el Turco venía sobre él le puso los dos pies en los pecho, assí caydo como estava, le hizo levantar del suelo, y por encima dél lo arrjó de la otra parte, dando el Turco de cabeça una gran cayda; y el astuto Jorayque no le dio lugar para poder lo hazer, porque le embistió tan de fresco y con tanta fortaleza que le acabó de derribar. Á esta hora toda la gente dio una grande grita diziendo: "Si fuerça tiene el Horayque, maña no le falta, pues con ella a vencido tan duro contrario." Las trompetas y añafiles del Jorayque comenzaron a tañer con grande alegría por la victoria de su valeroso Capitán. El Africano tan enojado como corrido, a toda priessase levantó de la blanca arena, mostrando en el rostro una infernal vista, de suerte que parecía lançar fuego vivo por los ojos, y con una temblante voz dixo: "No es de varones claros y fuertes, sino de viles y cobardes, querer por industria ganar honra y gloria de los valerosos hombres que lisa y llanamente muestran todo el caudal de sus fuerças; mas siento se juzga en mi disfavor dándota la gloria de mi vencimiento. Forçosamente, por satisfacción de mi honra, se avrá de averiguar por las armas, porque no es decente cosa dexarlo passar sin la vengança que del caso mi honor pide." En esto llegó el prudente Habaquí y el tío de Abenhumeya, que eran juezes, y entendidas las razones del Africano lo sacaron del campo por evitar algún escándalo, diziendo "que se vería aquel caso y se le guardaría su justicia." Todo el vando Turquesco estuvo movido por romper y matar al Jorayque. Lo qual sentido por algunos Capitanes le dixeron al Reyecillo que no era cosa segura que la lucha passase adelante, porque della se podía seguir en el Real algún notable escándalo y rompimiento entre sus gentes, y que las cosas de su Reyno no estavan en punto de semejantes reboluciones; que los demás juegos se hiziessen y que las luchas parasen. Abenhumeya en esto se tuvo por bien aconsejado, y assí mandó que el Jorayque saliesse del campo y viniesse ante él. El Jorayque vino y los juezes, aviendo determinado el

caso de la lucha, se halló que en la lucha toda maña es valedera, y así al Jorayque le fué dado su premio y corona de laurel. Y al son de muchos instrumentos, cubierto de un fino paño, lo sacaron del campo. ¿Quién os podría contar el enojo y corage de los Capitanes Turcos? No otra cosa por cierto sino que, dado les fuera, juntaran su esquadron y con todo el campo rompieran, sino fuera por dar al Ochalí, Rey de Argel, mala cuenta de su pasada en España. Abenhumeya mandó que se publicasse que no huviesse más lucha, sino los demás juegos y pruebas, atento que no eran peligrosas. Muchos Capitanes fueron pesantes desto porque estaban alistado para la lucha y con bravas y costosas libreas, lo quales eran éstos:

Abenayx.	Zarrea.
Almoçávar.	Abonvayle.
El Gorri.	Alhadra.
Gironcillo.	Alrrocayme.
Puertocarrero.	El Derri.

Y sin estos otros muchos morisco valerosos que en dos días no se acabaran las luchas; y así fué acordado que el siguiente día se provassen las fuerças de los fuertes varones, de quien más ladrillos alçasse con la mano se le daría un galán premio; y así otro día de mañana, estando toda la plaça adereçada como avía de antes y tan poblada de gentes terrados y ventanas, se puso en medio de la plaça, en parte que todos pudiessen ver, cien ladrillos de los que se usan, para que de dellos tomasen aquellos que pudiessen alçar. Y estando ya Abenhumeya sentado en su Real silla debaxo de un rico dosel, por la misma orden que el día passado avían entrado los luchadores, mandó que para la prueba de aquel día entrassen los que avían de provar sus fuerças, y esto porque pareciesse mejor la fuerça y huviesse más que ver. Y esto así mandado, no se tardo mucho que no entró por la plaça Abenayx, Capitan de Cantoria, bizarramente galán, vestido de una hermosa marlota de grana franjada con muchos fresos y franjas de plata, con bonete de seda de la misma color, con un pluma blanca y otra roja, un rico alfanje ceñido. Calçava un gallardo borceguí azul argentado con fuego de tal forma que

parecía el morisco tan bien y tan gallardo quanto otr
pudiesse serlo. Acompañávale un gallardo esquadrón con su
rica vanderá, en la qual llevava pintado el Castillo de
Cantoria, con una letra que dezía assí:

"Es la fuerça de mi fuerça
que no ay fuerça que fuerça."

Esta letra llevava Abenayx en su vanderá, dando a
entender por ella que la fuerça del Castillo de Cantoria
era tal que no avía en todo el río de Almançora otra que
más fuerte fuesse que él. Y entrando por la plaça en orden,
como quien passava muestra la rodeó toda; haziendo
reverencia al Reyecillo, dexó su esquadrón puesto en orden,
y paso a paso, con gallardo contienente, aviendo hecho a
las damas cortesana reverencia, se fue al puesto diputado
para la prueba, a donde avía dos maderos no muy gruesos,
tan apartado el uno del otro quanto los pudiera alcançar un
ladrillo por la largo; los maderillos estavan tandidos en
el suelo, y sobre ellos se avían de poner los ladrillos que
cada uno sentía poder alçar, porque por entre los maderos
avía de meter la mano el que avía de probar la fuerça. Pues
llegado allí el valeroso Abenayx tomó de los ladrillos
hasta veynte y todos los puso uno sobre otro sobre los
maderos, y cada ladrillo pesaba tres libras, y éstos se
avían de levantar con una mano en el ayre, sin ser atados
con cuerda ni otra cosa, so pena que no ganava nada en el
apuesta. Y assí como los ladrillos fueron puestos, el
gallardo Abenayx se abaxó al suelo, y matiendo la mano por
baxo de los ladrillos, haziendo granda fuerça como aquel
que la tenía, levantó los veynte ladrillos en el ayre muy
altos del suelo que todos lo pudieron ver; de que no poco
fueron todos maravillados, con una mano alçar tantos
ladrillos que por lo menos pesavan sesenta libras. Pues
aviéndolos alçado, los tornó a poner sobre los maderillos
como de antes estavan. Para esto avía presente dos veedores
y un Escrivano, para que sentasse por cuenta los ladrillos
que cada uno alçava. aviendo Abenayx provado su fuerça como
es dicho, se tornó a su gallardo esquadrón (que todavía se
estava puesto en orden) y por la misma orden que entró

salió de la plaza, disparando una hermosa carga de arcabuzería, dexando a todas las gentes muy contentas de su gallardo esquadrón y de la prueba que avía hacho de su fuerça. Abenhumeya, maravillado de como Abenayx con sola una mano avía alçado aquel peso en el ayre, dixo a sus Capitanes: "Bien puede dezir Cantoria que tiene en Abenayx un valeroso y gallardo Capita." "Esso pregúntemelo a mí - dixo el buen Maleh que estava bien cerca de Abenhumeya - quando por mandado de vuestra Alteza fuy sobre Cantoria, desde aquí deste lugar, con más dediez mil hombres, y éste, que estava allí con harta poca gente, unos almodóvares Christianos viejos, naturales sus passados de Murcia, me hizieron tan brava resistencia que, después de averme muerto y herido muchos de mis soldados, me huve de retirar sin que llegasse a efectos lo que vuestra alateza me avía mandado. Y es cierto que si a los de Cantoria les huviere venido el socorro que a los Christianos embiaron a pedir, oy Cantoria no es vuestra Alteza, por el valor de los Capitanes y soldados que tenía dentro." Con esto cesó la plática, porque se oyeron caxas de guerras y era la causa que entrava el Capitán Caracacha con su turquesco esquadrón gallardamente ataviado. Venía el bravo Capitán todo vestido de azul de una rica tela de seda truca, muy guarnecida con franjas de plata; en la cabeça un rico turbante de una toca blanca como arminio vandeado de oro, y en ella puesto un rico penacho blanco y azul. Todo su esquadrón entró desta divisa, salvo que los borceguís de los eran rojos y los de Caracacha datilados y argentados. Trayan su rica vanderá, toda azul y en medio media luna de plata, y junta della una letra arábica de oro que dezía assí:

"Del Líbico mar salió
sin un punto se clypsada,
y si se gana Granada
ninguna más mereció."

Esta letra puso el Africano en su vanderá, dando a entender que en ninguna batalla de las que en Africa avía tenido nunca jamás su vanderá fue vencida ni sobrada, y que si Granada se ganasse, ninguna de las vanderas granadinas

sería de mayor merecimiento, atribuyéndose assimismo la gloria de tal vencimiento. Pues passando el Turco adelante, aviendo hecho su acatamiento a Fernando Muley, dexando su esquadron puesto en orden como venía, mostrándose gallardo, llevando en su hombreo derecho un tahalí de terciopelo verde y dél pendiente un plateado alfanje, se fue a la parte donde estaban los ladrillos puestos por Abenayx sobre los palos, y pareciéndole a él que bien podría aventajar otros ladrillos, los passó encima de los veynte, y baxándose al suelo metió la mano por baxo de los ladrillos, y poniendo todo el resto de sus fuerças los probó alçar, mas no pudo moverlos de su lugar, y visto esto quitó uno de los ladrillos y tornó a probar; mas tanto hizo como de primero, y quitando el otro ladrillo de los dos que avía puesto, probó su ventura tercera vez y levantó los veynte ladrillos del suelo, mas no tan altos como Abenayx, y tornando a sentar los ladrillos, dixo: "Mal me va con los españoles, pues con ellos en dos pruebas no he podido ganar nada", y diziendo esto se tornó a su esquadron y por la misma orden que entró se tornó a salir de la plaça, dando una gentil carga de escopetería. "Más diestro está en las armar - dixo Abenhumeya - que en las pruebas de sus fuerças el de Africa; por hombres más robustos y de mayores fuerças tengo a los granadinos, y si ellos huvieran posseído armas contino, ninguna nación en el mundo les hiziera punto de ventaja en nada." "Assí en verdad - dixo el Habaquí - , y si solos dos años se continua la guerra no avrá mejor gente en el mundo ni más áspera en las armas." Estando en esto se oyeron caxas y dulçaynas, y no tardó que no pareció un hermoso esquadron muy bien adornado, cuyo valeroso Capitán era Puertocarrero el moço, hijo del Alcayde de Gérgal, el qual venía todo vestido de una ropa encarnada toda guarnecida con fresos de oro; su borceguí datilado hecho en argel y un rico alfanje colgado del hombro, de un hermoso y rico tahali. Llevava un bonente turquesco y en él un rico penacho blanco y encarnado; en su vandera no traya cosa de letra, sino sólo media luna y un zancarrón. La vandera era roja mas él entró a la española, como gallardo Capitán: una gineta en la mano, y delante dél un page bien adereçado que llevava un escudo muy rico, dorado el campo azul y en medio

una letra que dezía assí:

"Si la que me fuerça a mí
poniéndome brío y fuerça,
hora estuviera ante mí,
se me doblara la fuerça
como pareciera aquí."

Esta letra sacó el Moro Puertocarrero, indigno de tan soberano nombre, porque andava amartelado de una hermosa Mora, natural de su tierra, llamada en castellano Brianda, y en arábigo Fátima; y poque le dava grandes favores, dezía el Moro en su letra que ella le doblava el ánimo y la fuerça, y que si la tuviera en tal ocasión delante, que allí en la prueba ninguno se la ganar. A todos pareció muy bien el gallardo Puertocarrero; mas mejor pareció quando fue hecho quartos en Granada. Pues como entrasse por la plaça, rodeándola toda, passó por delante de Abenhumeya y le hizo grande acatamiento, y dexando su esquadron assí en orden como estava se fue a donde avía de probar sus fuerças, y en llegando halló los ladrillos descompuestos, porque Caracacha, mohíno de no poder alçar más que Abenyx, los avía desparcido por el suelo. Puertocarrero, no sabiendo el número de los que avían sido alçados puso doze ladrillos por la orden que se avía de poner, y baxandose metió la mano por debaxo de los ladrillos y con gran pena los pudo levantar del suelo, y no fue mal alçar treynta y seys libras con sola una mano. Y siendo assí asentado por quein tenía cuydado dello, Puertocarrero se tornó a su esquadron y se salió gallardamente de la plaça, dando una gentil carga de arcabuzería y hondas, que fue cosas de ver los crugidos que las hondas davan. Abenhumeya dixo: "No me parecen mal los soldados de aquellas hondas, porque a fe de Rey que en las ocasiones son de grande importancia." "No son sino muy buenas - dixo su tío Abenchohar - y en el tiempo antiguo no se usava otra cosa sino hondas y ballestas de palo, y con estas armas se hazían muy buenos hechos de que tenemos memoria." "Assí es verdad - dixo el Habaquí - ; mas aora mejor anda la milicia, porque ay buena arcabuzería con que de presto se haze la hazienda." Estando

en esto entró por la plaça el gallardo Maleh, que avía ydo a ponerse bien para la prueba de su fuerças; y assí entró con su esquadron, bizarro y galán, bien adornado, de vestido morado, con bonete y plumas de lo mismo y borceguí azul argentado. El tahalí azul tachonado de plata y dél pendiente un rico alfanje. Y rodeando la plaça se desplegó su vandra, que era morada, y en ella media Luna de plata grande y debaxo della un Sol que parecía que la Luna le escurecía. Natural cosa de Moros se dellos la Luna más estimada. Llevava una letra de plata que dezía assí:

"Es el Sol una planeta
que a las demás les da lumbre,
mas la luz y la vislumbre
de mi Luna es más perfecta."

El gallardo Capitán Maleh llevava esta letra porque ya tenemos dicho que su señora se llamava Luna y la tenía en tanto que dezía que los rayos de su hermosura escurecían el Sol, aunque a las planetas deva luz con su lumbre. Passando, pues, el Moro con su gallardo esquadron rodeando la plaça, aviendo hecho los acatamientos debidos a su Rey y a las damas, dexando su esquadron en orden puesto, se fue para los ladrillos, y poniendo veynte y dos ladrillos por su orden los levantó, aunque no mucho, del suelo; pero al fin fueron levantados un palmo, y con esto, dexándolos se tornón con gallardo paso a su esquadron. Maravillados fueron todos de averle visto levantar los veynte y dos ladrillos con una mano, y dezían: "Valeroso es el Capitán Maleh"; el qual salió de la plaça dando una hermosa carga de arcabuzería, dexando a Muley y a todos los demás muy pagados de su buen talle y valor. Luego entró el valeroso Capitán Zarrea con su esquadron bien adereçado, todos tiradores, su vandra era amarilla y verde, y en ella una letra que dezía en arábigo assí:

"Desespero, mas espero
que el tiempo hará mudança
y confío que Esperança
me dará lo que más quiero."

El Moro Zarrea, buen Capitán, llevaba esta letra porque amava una hermosa Mora, y aunque no le avía mostrado ningún favor, tenía el Moro firme esperanza que su desseo se allegaría a buen fin. Entró el Moro vestido de la color de su vanderá, en el bonete dos plumas, verde y amarilla; un rico alfanje, borceguí verde y argentado, el çapato amarillo. Y aviendo entrado por la plaça, haziendo a Muley su mesura y a las damas y Capitanes, saliéndose de su esquadron se fue a la prueba de su fuerças, mas no alçó sino catorze ladrillos, quedando corrido en no aver alçado más. Y viendo que no se podía hazer otra cosa se tornó a su esquadron, y dando una gentil carga de arcabuzería se salió de la plaça. Luego entró en la plaça el Capitán Gorri con un gallardo esquadron, y él delante, vestido de pardo damasco guarnecido de franjas de oro, bonete de lo mismo con plumas pardas y blancas, con rico alfanje, borceguí datilado. Su vanderá era de color de cielo, sembrada de estrellas de oro y media luna de plata, con una letra de lo mismo, que dezía en arábigo desta suerte:

"En mí no cabrá plazer
hasta que vea a Granada
de los Moros conquistada."

Este Moro Capitán llevaba su vestido conforme sus pensamientos, y assí lo mostrava su letra. Era hombre mayor y de bun juyzio y entró tan bien que a todos dio grande contento, y mas por la sentencia de su letra, que todos la desseavan. Entrando en la plaça, aviendo hecho lo que era obligado, dexando su esquadron se fue a la prueba de las fuerças, y omando diez y siete ladrillos los alçó fácilmente con una mano, y mostrando buen donayre, con grave paso se tornó a su gente; la qual, dando una buena carga de arcabuzería, se tornó a salir de la plaça. Muley dixo: "Por cierto no le falta valor la Gorri, al fin es hombre maduro y bien pensado en sus cosas y Capitán de mucho valor y confiança" "Verdad es - dixo el Habaquí - y en ley de Moro hidalgo, que en todas las ocasiones passadas se ha mostrado valeroso, y más en la de Verja, que si no

fuera por su respecto nos huvieran tomado los Christianos casi todas nuestras vanderas." Estando en esto, al son de caxas bélicas entró en la plaça el Capitán Derri, hombre valeroso, con un gallardo esquadrón y él todo vestido de azul, con plumas, bonete y borceguís de lo mismo; rico alfanje al lado; su vandera era azul y en ella cuatro cabeças de Christianos en señal de muchos que él avía muerto, con una letra que dezía assí:

"La gloria es matar Christianos,
que probar las fuerças no
es gloria que contentó."

Razón tenía este Moro en dezir por su letra tal sentencia, porque no es de hombres cuerdos mostrar sus fuerças, pocas ó muchas, delante amigos ni enemigos, porque sabiendo cada uno a dónde llega el valor y fuerças del que las prueba, ó los tienen en algo ó no los tienen en nada. Assí que el Derri, famoso y codicioso Capitán, entró en la plaça y aviendola paseado se fue a la prueba de las fuerzas y puso doze ladrillos, y con harto trabaxo los pudo levantar del suelo, y viendo que otros avían alçado más, enojado dixo: "No tengo cuenta con pruebas, más vale maña que fuerças"; y tornándose a su esquadrón se salió de la plaça, dando una buena carga de arcabuzería. Abenhumeya no estava bien con este Capitán, por lo que atrás avéys oydo, que anduvo persiguiendo al Reyecillo por codicia de los diez mil ducados prometidos del Marqués de Mondéjar, y esto no lo tenía Abenhumeya olvidado, aunque al presente andava en su gracia por muchos Capitanes que se lo avían rogado; mas después por poca ocasión lo ahorcó, como diremos adelante.

No tardó mucho después del Derri que no entró Gironcillo, el de Granada, muy gallardamente vestido de rojo guarnecido de plata, bonete y plumas de lo mismo, un rico alfanje dorado pendiente del hombro derecho, de un hermoso tahalí verde; su borceguí era verde argentado. Llevava una hermosa escopeta al hombro, de rastillo; preciávase de buen tirador y lo era estremado. Su vandera era colorada y en ella pintada la famosa Alhambra, con una

letra que dezía en castellano assí:

"Si quiere el cielo y fortuna,
en ti, mi querida Alhambra,
pienso de dançar la zambra"

Mucho contento dio esta letra de Gironcillo a todos los Moros y Moras que estaban en las fiestas, y más a Fernando Muley. Llegado Gironcillo a la plaça, aviendo hecho acatamiento al Reyecillo y a las damas y a los demás cavalleros y Capitanes que allí estaban, apartándose de su esquadrón se fue a hazer prueba de su fuerças, y puestos los ladrillos en orden levantó diez y nueve ladrillos. Todos los circunstantes se alegraron en ver que Gironcillo avía hecho tan buena prueba, y assí, tornándose a su esquadrón, dando una buena carga de escopetería, se salió de la plaça dexando a todos muy contentos de como lo avía hecho bien y de lo gallardamente que avía entrado.

Assí como salió Gironcillo entró un valeroso Capitán llamado Abonvayle, natural de Guadix, hombre de quarenta años y de grandes fuerças. Su esquadrón era de gente gallarda y bien armada; su vanderá era blanca con unas vandas azules y rojas y en medio pintado un escudo dorado; el campo era verde, cun una letra de oro que dezía assí:

"Quando vea el alameda
de mi Guadix desseada,
de Moros será Granada."

No dio poco contento esta letra deste bravo Capitán a Muley y a todos los demás que estaban en la plaça. Yva vestido el bravo Abonvayle de un paño verde oscuro azeytunado, muy guarnecido de terciopelo negro muy avisadamente aderezado, y aviendo hecho su mesura a Muley y a los demás Capitanes, se fue a los ladrillos, y mirando muy bien lo que se devía de hazer en la prueba de sus fuerças, puso sobre los maderos veynte y cuatro ladrillos y con una mano los levanto muy sin pesadumbre, de suerte que bien se dio a entender que podría levantar otros dos más. La gente levantó una grande grita, diziendo que el bravo

Abonvayle avía levantado más ladrillos que ninguno otro Capitán. Abenhumeya estuvo maravillado de tal fortaleza, y dixo que jamás tal avía visto. El Habaquí y Abenchoar y otros Capitanes que estaban allí dixeron que le avían visto de un golpe de alfanje hender por medio sin que el alfanje parasse en cosa alguna. "De gran fortaleza es - dixo Abenhumeya - y yo me holgara que encontrara con Don Pedro Maça, Alguazil Mayor de Granada, para que vengara de un tal golpe como ésse la injuria que me hizo quando me quitó la daga; mas aun tengo entera confianza que me tiene de pagar el agravio con vida y hazienda." Con esto el valeroso Abonvayle se salió de la plaça, dando primero una gallarda carga de arcabuzería, dexando a todos muy contentos de su maravillosa fuerça. Luego que Abonvayle fué salido de la plaça, entró otro bravato Moro Capitán llamado Alrrocayme; también era éste de las tierras de Guadix. Este Alrrocayme era de edad madura, que ya le apuntavan las canas. Era membrudo, alto, de color moreno verdinegro, zejunto, alcançaba grandes fuerças, era grande enemigo de Christianos, venía vestido de turquesado con mucha guarnición de plata saqueada de las iglesias de los Christianos, quitada de la casullas y frontales. Entró con su escopeta al ombro; su vanderá era amarilla y en medio pintado un escudo de plata; el campo azul, y en el campo media Luna de plata, con una letra que dezía, en lengua arábica, desta suerte:

"Si Fuerças han de valer,
presto se verá en la prueba
quién el premio y joya lleva
por su justo merecer."

Venía este Moro Alrrocayme tan confiado en sus fuerças, que ya tenía de su parte ganado el premio de la victoria, y assí como hubo entrado en la plaça, haziendo a Abenhumeya su acatamiento y a los demás Capitanes y damas que miravan de los terrados y ventanas, se fue a la prueba, y visto que Abonvayle avía levantado veynte y quatro ladrillos, puso treynta diziendo que los avía de levantar o morir, y después de averlos puesto, dando su arcabuz á un

paje llegó, y metiendo la mano por baxo de los ladrillos, toda la gente començó un murmullo muy confuso entre sí, diciendo que Alrocayme no podía levantar tanto peso del suelo, porque levantarlo sería imposible; y en esto, parando mientes qué es lo que haría el bravo Moro, vieron que poniendo su fuerça levantó los treynta ladrillos en el ayre. Entonces toda la gente dio una grande grita, diciendo: " Alrocayme ha ganado; tornando asentar los ladrillos en su lugar se tornó a su esquadrón mostrando grande contento y gallardía, y dando una hermosa carga de arcabuzería se salió de la plaça, dexando a todos maravillados de sus sobradas fuerças. A esta sazón ya era muy tarde y otros muchos probaron sus fuerças; mas no hubo ninguno que llegasse a los ladrillos de Alrocayme. Abenhumeya se retiró a su posada acompañado de toda la gente del campo y de los demás Capitanes que con él estaban. Todas las damas retiradas de sus balcones se fueron a sus posadas, a donde no se tratava de otra cosa sino el valor y fuerças de los Capitanes que aquel día se avían probado. Abanhumeya mandó llamar Alrocayme y le mandó dar el prometido premio; aquella noche se pasó en grandes fiestas y danças de Moras y Moros, quedando para otro día la prueba del que más tiempo tuviesse al ombro un mármol que pesava quatro quintales, que eran diez y seis arrobas de peso.

La mañana venida, Abenhumeya se fue a sentar en su estrado y con él todos los Capitanes del exército, y todos bien aderezados. Poblóse la plaça de mucha gente y las ventanas y balcones y terrados, adonde avía muchas y muy lindas damas. Luego Abenhumeya mandó que se truxesse un mármol que estava en la iglesia, que solía sustentar la pila del agua bendita; era una piedra que tenía seys pies de largo y pesava diez y seys arrobas; este mármol se llevó a la plaza, y luego todos los Capitanes se adereçaron para la prueba de aquel que más le podría sustentar. Todos los Capitanes fueron escritos y sus nombres puestos en un vaso de plata para que todos saliessen por su orden y puesto un relox de arena sobre una hermosa mesa que allí avía. Todos los Capitanes que se avían de probar eran estos que se siguen:

Abenaix.	Al Jorayque.
Almozalván.	Al Rocayme.
El Gorri.	El Habaquí.
Puertocarrero.	El Derri.
Zarrea.	Gironcillo.
El Maleh.	Caracaha.
Abonvayle.	Mamiaga.

Todos estos catorze Capitanes fueron señalados y escritos y puestos en un vaso de plata para que por su orden fuessen saliendo; en esto comenzó a sonar toda la música de caxas y añafiles, atabales y trompetas, moastrando grande alegría, y aviendo tocado una gran pieça, luego Abenhumeya, al son de muchos instrumentos metió la mano en el vaso de plata y sacó un papel en el qual estava el nombre de Habaquí, y parando toda la música Abenhumeya mandó que el nombre fuesse publicado, y assí sonó luego una sola trompeta, y parado el que la tocava, dixo alto que todos lo oyeron: " Salga el Habaquí." Luego el valeroso Capitán se levantó de adonde estava y se fue al medio de la plaça adonde estava el liso mármol, y siendo ayudado de uno, porque no podía ser menos, se lo echó al ombro derecho, sintiendo una grande pesadumbre, y haziendo piernas en medio de aquella plaça adonde todos le veyan tuvo sobre su ombro la pesadumbre del mármol un grande cuarto de hora corriendo por el arena del relox, y no pudiéndolo sufrir más le dexó caer en el suelo, quedando el buen Habaquí descargado de aquel peso como si se descargara de un monte, y mostrando buen semblante se tornó a su lugar diziendo que aquella prueba era cosa de animales. Luego, al son de muchas trompetas y dulçaynas sacó Abenhumeya otra cédula, el nombre era Zarrea, el qual tomando el mármol sobre el ombro no lo pudo sufrir medio cuarto de hora, y assí lo dexó caer en tierra diziendo que mejor se apañava a sufrir la carga de la escopeta que aquella del mármol, y con esto se fue a su lugar. Tras de Zarrea salió El Derri, y éste sufrió la pesadumbre del mármol medio cuarto de hora, que no pudo sufrirlo más. Luego salió Gironcillo, mas no lo pudo sufrir un momento, que luego despidió la mala carga, diziendo que mas valía pelear y matar Christianos

que no probar cosas de animales. Tras de Gironcillo salió el Gorri, mas no llegó a medio cuarto de hora. Tras el Gorri salió Pueretocarrero, mas no pudo sustentar el peso medio cuarto de hora. Tras de Puertocarrero salió el gallardo Maleh, y tomando el mármol passó de un cuarto de hora, mostrando grandíssimo esfuerço, y no pudiendo sufrirlo más lo dexó caer. El Jprayque salió tras de Maleh y tuvo el mármol casi media hora, y toda la gente se maravillava de su grande fortaleza y dezían que era hombre de grandíssimo valor. La media hora passada, dexando caer el duro mármol, se fue a sentaar a su lugar. Luego salió Alrocayme, y assí como lo vido, toda la gente dio un crugido entre sí diziendo: " Este famoso Capitán ha de ganar, pues ganó por su fortaleza la prueba de los ladrillos. " Llegando el Alrocayme tomó al hombro el duro mármol y lo tuvo sin moverse de un lugar media hora y un cuarto, sufriendo de inmenso trabajo, y no pudiendo passar de allí se retiró a fuera, dexando caer el mármol en tierra, dexando toda la gente maravillada de su fortaleza. Luego salió el bravo Abenayx y sufrió el peso del mármol otra hora y cuarto, que no poco espanto puso al que lo mirava. Luego salió el gallardo Almoçalvan y sustentó el mármol hora y media sin cansarse, de que puso espanto a todos; y tanto quiso sustentar aquel duro peso, que le reventó sangre por las narices. Tras de Almoçalvan salió el Capitán Caracacha, y aviendo tomado el mármol le sostuvo un cuarto de hora y no más. Luego salió su camarada Mamiaga, y no lo pudo sufrir cuarto de media hora. Luego salió el bravo Abovayle, y tomando el pesado mármol se lo puso al hombro. y paseando con él lo pudo sufrir dos horas, con tantaa grita de la gente que lo mirava que no se oyan unos a otros, viendo que siendo el postero avía ganado la joya de aquel pesado mármol. Luego, sonando las trompetas y chirimías, mostrando gran alegría por la victoria de abonvayle, los demás Capitanes fueron y le sacaron con grande placer de la plaça. Luego Abenhumeya le mandó dar el premio prometido. Otros muchos probaron a sufrir el mármol, mas no hubo ninguno que llegasse a abonbayle. En esto cessó la fiesta y prueba de aquel día, y otro día se avía de probar el que más saltasse de tres saltos, y assí aquella noche se passó

en grandes fiestas y juegos y danças, y la mañana venida se aderezaron todos los que avían de saltar, y fueron señalados los mismos catorze Capitanes; y estando Abenhumeya en su estrado acompañado de la gente más principal de su exército, se començó la prueba del saltar al son de mucha música que sonaba por todas partes. El primero que salió fue el Gorri, y de tres saltos que dio saltó diez y nueve pies, porque no pudo saltar más, respecto que al primer salto desvaró y se descompuso. Luego saltó Puertocarrero y saltó veynte y cinco pies, que no pudo saltar más; Zarrea, veynte y cuatro pies; Abenaix, veynte y siete pies; Almozavan, veynte y ocho pies; el Maleh, treynta; Abonvayle, veynte y ocho; El Jorayque, treynta y quatro pies; el Rocayme, treynta y seis pies; el Habaquí, treynta y nueve pies; el Derri, treynta pies; Caracacha, treynta y dos pies; su camarada, treynta pies; Gironcillo, que era suelto como un pensamiento, saltó cinquentapies de largo. Y a éstese le dio el premio prometido al son de muchas trompetas y atabales. El resto deste día se passó en hazer otras fiestas de placer, quedando aplaçado que otro día se probassen los corredores; el qual venido, siendo señalada la carrera que se avía de correr, que era una gruessa media legua hasta la plaça, adonde estaban puestas las joyas que se avían de ganar. Usábanse entre moriscos correr tan largo y desnudos, en carnes, sólo pañuelos para cubrirse las partes ocultas. Juntáronse para correr más de cien personas, Capitanes, y sin éstos otros grandes corredores, pero ganó la joya un morisco de la villa de las Cuevas, llamado Albejari, que era uno de los más sueltos moços que se hallava en el reyno de Granada. Luego a este se le dieron sus premios, y a Puertocarrero le dio Abenhumeya diz ducados, porque casi llegó a la par de Albejari, sino que Albejari tendió la mano antes y tomó la vara de la joyas.

Este día passado, quedó que el venidero día se probasse quién más tiraría con un canto de media arroba, y assí venido el día, Abenhumeya en su estrado sentado y toda la plaça llena de gente, cavalleros y Capitanes, se començó a probar el juego de los tiradores, y aviendo tirado todos

los Capitanes, se comenzó a probar el juego de los tiradores, y aviendo tirado todos los Capitanes y otros soldados de mucho valor les ganó a todo un soldado Turco, de Arggel, al qual Fernanado Muley le dio su premio señalado, que fueron treynta escudos, con grande alegría del vando Turquesco, porque aquel Turco avía ganado en España aquel premio. El Turco que lo ganó se llamava Mostafá, natural de Constantinopla. Passado este día desta prueba, quedó el día siguiente se probassen los tiradores de honda, y al que más certero tirasse con ella se le darían diez ducados que estaban prometidos.

Otro día venido, por la mañana todos los Capitanes hizieron reseña de sus esquadras y dellas sacaron todos aquellos que eran honderos, que no tenían armas y según solía ser al principio de la guerra; avía pocos, respecto que estaban ya todos bien armados, de suerte que no se hallaron en todo el campo sino solos ciento y quearenta soldados, y éstos juntos, haziendo un esquadron dellos, señalandoles par aquella entrada Capitán, entraron en la plaá con muy buena orden, estando el Reyecillo en su estrado acompañado de muchos capitanes y cavalleros; avieéndose puesto a docientos pasos una rodela grande hecha de madero para aquel efecto de los tieradores, puesta en un madero alto de un estado. La rodela era blanca y en medio un rolde negro pequeño y su punto en medio blanco, para que el que diera dentro de él o más cerca ganasse la joya de diez ducados prometidos por Fernando Muley. Y esto assí hecho, de en uno en uno fueron todos los soldados tirando, y muchos huvo que hizieron estremados tiros, unos dando en la rodela, otros passando por muy cerca della, de suerte que se hallaron dentro de la rodela noventa y seys tiros, con tanta fortaleza dados que la rodela estava casi deshecha, y el que más cerca dio del blanco junto del punto, fue un Moro mancebo, natural de Ohánez, llamado Alcolayar. A éste se le dio el premio de diez ducados. Luego todo aquel morisco esquadron hondero comenzó a disparar sus hondas en seco, haciendo tanto ruido y estruendo como si fuera un esquadron de arcabuzería, de lo qual todos se maravillavan; y salido el esquadron de la plaça, dixo Muley: "Realmente que me a contentado el

esquadrón de las hondas y que me parece a mí que en qualquiera ocasión harían bravo efecto." Todos los Capitanes dixeron que siempre se avían mostrado aquellos honderos bravos y avían hecho muy gran daño en los Christianos. Con esto ya era tarde y fue acordado que luego se començassen las danças, y assí, muy adereçada la plaça para el caso, tendidas muchas alfombras adonde se avía de dançar, todos los más principales de la hueste fueron sentados a la redonda, y Abenhumeya en su silla, baxo de su estrado; y siendo juntas allí muchas músicas para hazer el son, hallaron que el laúd y sonaja serían mejor para aquel propósito, y assí puesta la música en su lugar, luego començaron a salir muchos Moros mancebos muy bien adereçados; uno a uno dançaron maravillosamente de bien, de tal manera que no se determinavan los juezes quién lo hazía mejor; dançaron todos los Capitanes maravillosamente: dançó Gironcillo con una Mora hermosa altíssimamente; la Mora era de Almançata, y dio tanto contento a todos, que le reyecillo le mandó dar diez ducados y una marlota de seda. Luego entró a danár Puertocarrero con otra Mora muy hermosa, y éste dançó mas galanamente y mejor que Gironcillo, y la Mora dançó muy bien, y también le mandó dar a la mora una rica marlota y diez ducados y a Puertocarrero el premio de la dança, que era una hermosa ropa de seda.

Luego mandó abenhumeya que saliessen a dançar las Moras solas, y hubo muchas que danáron gallardamente, y la última que dançó fue la hermosa Luna, natural de allí, de Purchena. Salió la Mora vestida ricamente de una marlota de damasco verde alcarchofado, toda guarnecida con muchos fresos de oro; sacó un çaraqel de cambray muy delgado y muy arrugado, con un çapato de terciopelo azul guarnecido con oro que era cosa de ver su hermosura. Un tocado maravilloso de bueno con el cabello, tal que bastava a enlaçar con él al mismo dios de amor; una delgada toca encima, tan clara, que no impedía a la vista que lo debaxo no se viese claramente; sacó en las manos un rico almayçal labrado en Túnez, de una fina seda de muchos colores y todos los cabos de fino oro, que valía gran precio. Esta hermosa Mora danço sola tan bien y tan gallardamente que a

todos dexó espantados assí de su belleza como del gallardo donayre de su dançar. Y aviendo danádo hizo su mesura a Muley y a todos los demás cavalleros y Capitanes y se fue a sentar con las demás damas. Luego mandó Fernando Muley que se le diese una rica marlota de terciopelo azul guarnecida de oro, ricamente labrada, y con ella quatro ricos almayáles, y a las demás Moras que dançaron, porque no quedasen embidiosas y desconsoladas, les mandó dar a cada una diez ducados, con que todas quedaron muy contentas. ¿Quién os prdría dezir del grande contento del Capitán Maleh en aver visto dançar a su dama y tan bien? estava fuera de sí de contento y se tenía por dichoso en tener tan bella señora a quien sonreir; a quien después no le sucedió bien, como diremos adelante, porque fue mmuerta a manos de Christianos no parando mientes a su belleza. Luego que las Moras huvieron dançado, mandó Abenhumeya que los que fuessen músicos que tañessen y cantassen, aunque deste arte no avía muchos, mas diremos de los que mejor cantaron y tañeron. El Capitán derri tañó y cantó muy bien, y Puertocarrero, que era galán y enamorado, y éste cantó en arábigo la presente canción:

CANCIÓN

Hermosa y bella Granada
donde tengo mi afición,
si fuesees al esquadron
de los Moros entregada,

Assí tus frescas riberas
de Ynadámar, Jaraquil
con las del fresco Genil
y en tu Alhambra mis vanderas;

Si fuesses ya de aquel vando
que te dessea tener,
donde pueda más valer
Abenhumeya Fernando,

Quién dançara ya la zambra,

quitado ya de querellas,
con hermosas Moras bellas
en ti, mi querida Alhambra.

Esta canción cantó el Capitán Puertocarrero como aquel que sabía bien quién era Granada y sus frescuras; y todos los que allí estaban fueron muy pagados de su canción, viendo que hablaba en favor de todos, y Abenhumeya no fue menos contento de la canción, pues frisava con su desseo. Haviendo cantado Puertocarrero, Gironcillo, que era nacido en Granada, oyendo aquella canción, con acrecentado deseo de su patria, trayendo a la memoria sus tiernos años en Granada gastados, acordándose de aquel florido tiempo, casi con lágrimas en los ojos tomó el laúd como aquel que sabíamuy bien tocarlo y cantar en él, por no perder el hilo de la començada materia por Puertocarrero. Después de averlo templado a su gusto, començó a tañer muy sentida y suavemente, y juntamente a cantar de tal suerte que a todos suspendió mientras duró su cantar y tañer, tan estramadamente lo hazía, porque siguiendo a Puertocarrero dixo esta siguiente canción en castellano:

CANCIÓN

Si el gran fernando Muley
en el Alhambra estuviera
con una y otra vanderá
governando como Rey;

Si el emcumbrado Albaycín
con toda aquella alcaçaba
que el rey Chico governava
nos diera un glorioso fin,

Que estuviéramos triunfando
con mil despojos y arreos
de los christianos trofeos
y Abenhumeya reynando;

Si de Darro la riqueza
poseyera el vando moro

y le sacara aquel oro
que tiene con tal riqueza;
Si de la vega hermosa
se cogiera el bello fruto
y al perro Christiano astuto
se diera muerte afrentosa.

Abenhumeya estuviera
en descanso y en reposo
y como Rey poderoso
a todos mercedes diera.

Esta cantó Gironcillo tan bien y con tanta gracia que a todos dexó enamorados de su cantar y tañer. Y otros muchos Moros cantaron bien y sentidamente; mas Girondillo llevó el premio del cavallo por aver sido más agradable su canción. Luego Abenhumeya mandó que las Moras más hermosas cantassen, y porque ellas no sabían tocar laúd, fue necessario buscar un adufe, y una Mora, la que cantava, tocava el adufe, y otra tocava unas sonajas a la usança mora, un son que se llama romance y luego otro que se llama tangía. Pues estando muchas Moras juntas y muy hermosas y todas bien adereçadas, la hermosa Luna importunada fue la primera que cantó en arábigo esta canción:

CANCIÓN

De nuestro río almançora
las flores se buelvan tales
que produzgan inmortales
con gozo de gente mora;

Y que se buelva Granada
a sus passados contentos
y los moros pensamientos
la hagan aventajada;

Y los Capitanes Moros
sean todos colocados
en la rueda de estimados,

llenos de ricos tesoros;

Y que a las moriscas todas
destas sierras y Alpujarras
les den Christianos por arras
quando celebren sus bodas;

Y se vea Abenhumeya
en Granada coronado
y posseyendo su estado
sea como el de Tarpeya.

El de Tarpeya fue Nero el cruel, y como sabía Luna de las enemistades que algunos le tuvieron a abenhumeya y de otros que le persiguieron quando anduvo escondido, le quiso traer a la memoria la vengança que dello podía, siendo Rey, tomar. Y assí el Reyecillo no estuvo mal advertido en la canción, y no holgó poco dello, y assí puso en execuçion su vengança como diremos más adelante, que más valiera que no la hiziera, pues por ella fue privado de vida y Reyno. Acabada la canción de Luna, otras muchas Moras cantaron, mas no tan bien, y assí Luna se llevó la ropa prometida. Mas de las Moras que allí estaban dixo que ella quería cantar, aunque ya se avía dado el premio, y que no por codicia dél cantarí. Abenhumeya dixo que cantasse, que tan bien lo podía hazer, que por ello le daría otra joya. La Mora era muy hermosa y no vestía de color porque su coraçón vestía luto, poque en la batalla de Berja le avían muerto a su padre y quatro hermanos, por cuya muerte vivía lastimada. era esta Mora de un lugar llamado el deyre, el qual aviendo sido saqueado de Christianos, ella se vna a Purcheena con su deudos. Pues avida licencia que cantasse, dándole el adufe, dixo que no quería tañer en adufe, que le mandassen traer un plato de estaño, porque con él avía de hazer son. El plato le fue traydo, y la Mora le tomó, y encima de una pequeña mesa con la mano començó a rodear aquel plato baylándolo al rededor a una mano. El plato hazía un son muy sordo y triste, de tal manera que a todos los que le oyan provocava a tristeza; y luego la Mora, harto moça y hermosa, los ojos puestos en Abenhumeya,

llenos de lágrimas causadas de la pasión que en su corazón sentía, comenzó a cantar muy triste y dolorosamente, con una voz suave, delicada y dolorosa, la canción que se sigue, en arábigo:

CANCION

La sangre vertida
de mi triste padre
causó que mi madre
perdiese la vida.

Perdí mis hermanos
en batalla dura,
porque la ventura
fue de los Christianos.

Sola quedé, sola
en la tierra ajená;
ved si con tal pena
me lleva la ola.

La ola del mal
es la que me lleva
y hace la prueba
de dolor mortal.

Dejadme llorar
la gran desventura
desta guerra dura,
que os dará pesar.

De las blancas sierras
y ríos y fuentes
no verán sus gentes
bien de aquestas guerras.

Menos en Granada
se verá la zambra
en la illustre Alhambra
tanto deseada;

Ni a lo Alixares
hechos a lo mor,
ni a su río de oro,
menos a Comares:

Ni tú, Don Fernando,
verás tus vanderas
tremolar ligeras
con glorioso vando;

Antes destrozadas,
presas y abatidas
y muy doloridas;
tus gentes llevadas

A tierras ajenas,
metidas en hierros,
por sus grandes yerros
pasaran mil penas.

No verán lo hijos
dónde están sus padres
y andarán las madres
llenas de litigios

Con eternos llantos,
muy descarriados
en sierras, collados,
hallarán quebrantos.

Y tú, Don Fernando,
no verás los males
de los naturales
que te estás mirando,

Porque tus amigos,
quiere el triste hado,
te habrán acabado
siéndote enemigos.

Otro Rey avrá
también desdichado
que amenaza el hado
como se sabrá.

Y tú, Habaquí,
por cierto concierto
también serás muerto,
mezquino de ti.

Los Christianos vandos
vienen poderosos,
volverán gloriosos
despojos llevando;

Y yo estoy llorando
con gran desventura,
y la sepultura
ya me está aguardando.

Esto diziendo, la hermosa y dolorosa Mora dio un grandíssimo suspiro, que pareció avérsele rasgado el corazón, y allí, a vista de todos se quedó muerta del gran dolor que su canción sintió, de que todos fueron maravillados y escandalizados, y más que todos Abenhumeya con aquel tal pronóstico que la Mora le avía dicho que avía de ser muerto a manos de sus amigos. Los Capitanes y cavalleros que allí avía dixeron que no se avía de hazer cuenta de lo que la Mora le avía dicho que avía cantado, porque era hierro darle crédito. Abenhumeya la mandó luego enterrar honradamente. Todas las Moras que allí estaban lloraron su muerte y aun la desventura que les avía pronosticado. Estando Abenhumeya en esto, llegó un Moro de las Alpujarras diziéndole que avía necesidad que el campo fuesse a la parte de andárax y las Albuuelas y Guaxaras, porque avía en Granada grande rebolución y avía llegado allí el bravo Capitán Cáspedes, y que si el campo Moro allá fuesse, podría coger el fruto de las tierras, que eran

grandes, de uva, higo, pasa, peros, selvas y membrillos, avellanas, nuezes, castañas, almendras y otras semejantes cosas. Y esto se devía coger porque los Christianos no se aprovechassen dello, que salían de los presidios de Órgiva a cogerlo y con ello se sustentava. Sabido esto, Muley luego mandó que saliesse de allí el campo y no quiso que se acabasse la fiesta, que faltavan los tiradores por tirar de escopetas. Luego marchó el campo y no paró hasta llegar á Válor, y de allí se passó a un lugar llamado Lucaynena y allí se dio orden de lo que se devía de hazer en el discurso de la guerra que se tenía entre manos. Y fué acordado que dos mil Moros fuessen a la perte de las Abuñuelas y al puerto de la Ragua, para que allí se tenía noticia que muchos Christianos por orden de Don Juan de Mendoça hiziiessen un fuerte para que allí huviesse gente de presidio para guarda de aquel paso, porque los Moros de aquellos lugares saltavan las escoltas y las tomavan los bastimentos, y el Real, que estava en Órgiva, padezía grande necessidad de hambre y de otras cosas; y assí avía en el puerto de la ragua, en lo alto, una compañía de soldados de más de quatrocientos tiradores obrando aquel fuerte. Los Moros eran muchos, fueron los Christianos desvaratados y muchos dellos muertos, dexando su vanderá en poder de los Moros y sus armas, y algunos se escaparon y se fueron, unos a Granada, otros al Real de Órgiva, a donde estava Don Juan de Mendoça, al qual le pesó del caso del caso sucedido. fortuna, no contenta con esto, quiso passar más adelante con su improsperidad, y fué que el valeroso Céspedes estava en la puente de Tablete en presidio por orden del señor don Juan de Austria, porque los Moros de la sierra no pudiessen baxar a los lugares cercanos que estavam la vía de Granada. Y el valeroso capitán tuvo noticia de la rota de los Christianos del puerto de la Ragua, y por vengar la injuria, con su compañía subió a lo alto de la sierra en busca del enemigo, confiado en su valor. Esta salida fué a su modo y sin orden, y assí le sucedió. Mas porque los Moros, reconociendo la poca gente de su vanderá, le acometieron tan bravamente que el valeroso Capitán y su gente fué derrotado y su vanderá perdida, y él muerto con mucha crueldad, porque a la fama

de su valor no avía Moro que no le diesse herida después de muerto, llevando por gran reliquia el alfange ensangrentado de su sangre. Mas el valeroso Céspedes vendió altamente su vida peleando como varón fuerte y belicoso, porque de su mano se hallaron más de cien Moros partidos por medio, y desde los hombros hasta la cinta, con la fuerza de su poderoso brazo, acompañada de una espada la mejor que tenía el mundo, valenciana, de mano y media, ancha de tres dedos, tan fornida que pesava catorze libras. Y doy fe que la vide en vera y la tuve en mi mano y la vi pesar. Pues bolviendo al caso, el valeroso Capitán no muriera ni los suyos se perdieran, si don Antonio de Luna, que venía del Real de Órgiva le socorriera, que lo pudiera hazer muy bien por llegar muy cerca de allí y ver la batalla con sus ojos; descargóse, según dize Rufo en su Austriada, estar lejos de allí y que no podía salir de la orden que llevaba. Mal descrgo tuvo, por que ¿quién viera una batalla entre Moros y Christianos que no ayudara a su parte?; no huviera hombre en el mundo que no lo hiziera, aunque más orden llevara y auque más cobarde fuera. A lo menos, en mi opinión, no está puesto por valiente ni por buen soldado. Sienta cada uno del caso lo que le pareciere. Tornando á nuestra historia, los Moros, con semejantes dos victorias, se tornaron a su Reyecillo cargados de armas y de Christianos despojos. Luego se supo en granada todo lo que avemos contado, de lo qual el Señor don Juan y el Marqués de Modéjar sintieron gran pessar; y luego, por fenezer la guerra y escusar tantos males, se dio orden que al Marqués de los Vélez se le embiasse gente bastante para que la siguiesse, el qual estava en Adra, como es dicho, aguardando la orden de Su Magestad.

GINÉS PÉREZ DE HITIA

GUERRAS CIVILES DE GRANADA, 2ª PARTE

1.616.